

# EL DIARIO MURCIANO

DIRECCIÓN: CALLE DE VICTORIO, 53. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

## AL DIA

—«0»—

El Marqués de Pozo-Rubio, Cobián y Villaurrutia, no se dan un punto de reposo con motivo de la organización del próximo viaje de Don Alfonso.

Especialmente el primero, si nos atenemos á lo que diariamente dicen los periódicos de Madrid, se mueve incesantemente con vertiginosa rapidiz.

El telégrafo funciona constantemente y de seguir así mucho tiempo prestando servicio tan excesivo, es probable, que al terminar la campaña, tengn que ser sustituidos por otros avos, los aparatos de las oficinas telegráficas de las poblacions que ha de visitar el joven Mearca.

En Valencia, Alicante, Castellón y Sagunto, los municipios sacando las del costal comdecimos en lenguaje familiar, preparan á recibir dignamente al primer magistrado de la nión; uno solo, el de Elche es que no se halla dispuesto, según vemos en los rotativos madesnos á desembolsar un céntimdon, destino á festejo alguno pa la régia recepeión. Dice el tintamiento de la ciudad las palmeras, que considera iniles los preparativos, toda vez que S. M. visitará la ciudad d'paso, que no ha de pernoct en ella.

Quizá haya pensado al cir lo expuesto, que las necesiles que se sienten en todas las ionnes de España son imperis á consecuencia de la sequia, que el metalico que necesariante

habría de desembolsar, le haga falta para en no lejano dia socorrer á la necesitada clase obrera, piedra angular, sólida base sobre la que cimentamos el baluarte que defende nuestra existencia.

¿Qué es el periodista? un obrero intelectual; y los de provincias, sea esto dicho con todos los respetos que nos merecen nuestros compañeros, no llegamos á la categoria de obreros; somos jornaleros del periodismo.

Fundamentada en esto nuestra creencia, no es de extrañar que los infortunados hijos del trabajo nos inspiren cariñoso interés, que se apene el espíritu al leer en la prensa de Castellón, Alicante y Valencia los preparativos que realizan las autoridades populares de las mismas para festejar al rey D. Alfonso, no porque nos parezcan imprecidentes la celebración de esos regocijos oficiales que consideramos muy justos, sino porque esas fiestas presuponen la inversión de cantidades de importancia, que indudablemente, dada la difícil situación porque atraviesan en la actualidad las corporaciones municipales, ese desembolso, es un sacrificio impuesto por el deber del cargo que desempeñan, con perjuicio de sus propios intereses y de sus administrados.

El Sr. Maura durante su dominación hizo que el joven Monarca visitara distintas capitales, entre ellas Barcelona, donde muy bien pudo costarle la existencia al olímpico mallor-

quin, y hoy el Sr. Villaverde siguiendo el sistema político de los viajes, sigue la senda trazada por aquel, sin recordar que nunca segundas partes fueron buenas.

Por lo que se ve, los gubernamentales modernistas juzgan insustituible el procedimiento del sport ferrocarrilero, para afianzarse en el poder y conquistar las simpatias y confianza de la Corona.

Y se nos ocurre preguntar:

—¿No sería mas atinado y mas beneficioso para la monarquía, que una vez recorrido el itinerario trazado por el Gobierno, en lugar de volver el rey á Madrid se dirigiera á las provincias andaluzas, donde personalmente se percatarse de la espantosa miseria que se enseorea con su descarnada faz en los mezquinos hogares de esas bandadas de seres hambrientos que afluyen de los campos á la ciudad, pálido el rostro, desarripado aspecto y que estenuados por la fatiga que produce la escasez, llegan como mendigos á las autoridades y personas de posición independiente á implorarles trabajo, un pedazo de pan con que acallar aquel grito feroz de—¡Padre, tengo hambre!— escapado de los labios de sus famélicos hijos, que repercute en sus corazones como himno de mortales angustias, entonado por un ejército absurdo de irritantes privilegios y odiosas desigualdades?

No abstenemos de contestar. Sólo diremos que allí junto á

la desgracia, el bondadoso corazón del rey, mozo, podia entregarse como lo hacia su inolvidable padre á las expansiones que le dictaran sus nobilísimos sentimientos, enjugando lágrimas, prodigando la bendita limosna al bracero desvalido, el que á cambio de sus consuelos le colmaria de bendiciones, y su augusto nombre se veria oreado por el plácido céfiro del áura popular al ver orlada su frente, con el sacrosanto nimbo de la caridad.

¡Bien haya el poderoso que la ejerce!

## DE TODAS PARTES

### FORTUNA INESPERADA

Ha muerto en París un individuo que, cual otro Diógenes, pasaba su vida buscando una persona honrada á la cual poder nombrar su heredera, ya que él, hombre solo y adinerado, no sabía á quien legar su fortuna.

Nuestro hombre, que había sido comerciante, y por lo tanto había tenido ocasión de probar hasta lo infinito la mala fé y el egoismo de la especie humana, se dedicó á pasear en ómnibus y observar allí cuanto sucedía. Su placer consistía en colocarse cerca del cobrador, al cual alargaba la moneda que los demás pasajeros le entregan para pagar sus respectivos billetes. El excomerciante recogía, cuando había que cambiar una moneda, la vuelta que el cobrador le daba, y al entregársela al viajero

ponía siempre, sin que se advirtiese, bien una pieza de cincuenta céntimos, bien un franco ó á veces más, según la cantidad del cambio. El buen hombre observaba cómo todo el mundo al recibir el dinero de más, se hacia el sueco, y en su interior no cesaba de comentar esas miserias de la humanidad.

Un dia hizo la indicada experiencia con una joven, obrera al parecer. Su asombro fué grande al oír decir á la joven:

—Tome usted, cobrador. Me ha dado cincuenta céntimos de más.

El anciano excomerciante no pronunció una palabra. Siguió á la joven, se informó de su nombre, de su familia, que era de honrados obreros, y al dia siguiente encaminóse á casa de un notario, ante el cual instituyó heredera única á la joven, cuya sorpresa no ha tenido límites al verse ahora, por la muerte de su bienhechor, dueña de una fortuna de quinientos mil francos.

### MOT DE LA FIN

Una espiritista evoca el espíritu de su difunto esposo.

—¿Cómo estás?—le pregunta.  
—Muy bien—contesta aquel.  
—¿Estás mejor que cuando te hallabas á mi lado?  
—Infinitamente mejor.  
—¿Dónde estás?  
—En el infierno.

### AYUNTAMIENTO DE MURCIA

En virtud de solicitudes presentadas al efecto, se convoca á Juntamento extraordinario de

FOLLETON DEL «DIARIO» NUM (2)

LEYENDAS CORTAS POR VARIADORES

## Cabeza ó Corazón

—POR—

L. L. OMIGA



que, con el fin de incomodarla menos posible, pasarian la mayor parte del tiempo fuera de casa.

Vencidos así los obstáculos, chita empezó su trabajo de buena ganagurándose en primer término los seros de una muger de la vecindad para el ade, limpieza de la cocina, etc. La niñases, apenas se le podia llamar de otra tra—vestida con un trajecito de percalcillo y elaró, y un delantal blanco com nieve, presentaba un encantador aspe se sen-

tia muy contenta de su suerte, alegrándose aún más cuando sus tias abandonaban la casa para no volver hasta la noche.

Una de aquellas oportunas tardes, hallábase sola en la cocina. Los ingredientes para los postres de la comida de la noche sobre la mesa; harina, huevos, azúcar, etc., todo bien preparado y pesado. Las alegres llamas del fuego iluminaban la estancia, haciendo resaltar la limpieza y el brillo de los cacharros que se veían con profusión en los armarios y cubriendo las paredes. El calor intenso animaba el rostro de la joven, prestando á su semblante un precioso color, con lo que Conchita resultaba más bella aún que la delicada luz de los salones.

Así lo debía comprender ella, pues una sonrisa que descubria sus diminutos dientes blancos como el marfil, asomábase á sus labios, infentrarse movía de un lado á otro con la alegría del que halla un placer en sus ocupaciones.

Tres días más y terminarían sus trabajos merced á la llegada de una nueva cocinera. Por suerte, aquel mismo dia se marchaban

sus convidados; pero en cambio se esperaba á otro, un sobripo de su padre, á quien Conchita apreciaba mucho; y aunque por su parte no pensaba nada en serio, su instinto de muger, le daba la seguridad de que él acabaria por pedirla relaciones formales. Y en este supuesto ¿qué contestación podria darle ella?

Con tales pensamientos se hallaba entretenida la flamante cocinera, cuando dieron las cuatro, y desechándolos rápidamente se dispuso á terminar el que hacer que tenia entre manos, dejando el otro asunto para mejor ocasión.

En aquel momento el tranvia eléctrico que pasa por delante de la finca se paró, apeándose de él uno de los viajeros, joven, de tipo aristocrático, alto, moreno, de grandes ojos negros y pelo rizado y brillante. Conociábase que era forastero, por la curiosidad con que miraba á su alrededor, examinando atentamente la casa á la cual se dirigía. Abrió la puerta del jardín y tomó la senda que conducia al edificio, buscando á alguien á quien preguntar por el amo de

la casa; pero sus pesquisas fueron inútiles; una quietud casi sepulcral reinaba en aquel hogar tranquilo, y si llegó á interrumpirse el silencio cuando el joven se acercó á la terraza, debióse á un magnífico perro de Terranova que saltó de la silla donde dormitaba, ladrando con furor. Entonces una cabeza rubia y desordenada se asomó á una de las ventanas superiores, y aprovechando la ocasión el forastero, preguntó en alta voz:

—¿Vive aquí el Sr. Orzogoitia?  
La muchacha era viscaína neta, y el visitante, á juzgar por su manera de hablar, andaluz; así que aquella se quedó á oscuras por mas que el caballero repitió la pregunta varias veces, hasta que llegó á perder la paciencia.

—¿Pues como diantre quiere V. que se lo diga?—exclamó al fin.—El conductor del tranvia me ha asegurado que ese señor vive aquí. ¿No hay nadie en casa?

Al cir esto la muchacha hizo una indicación con la mano y murmuró algunas palabras, de las que el joven sólo entendió la de «cocina», y enseguida desapareció.

